

## Calle de San Pedro

Si se mencionan las «cuatro esquinas» en Ágreda, en seguida ubicamos este punto con el cruce de la calle Víctor Núñez y las calles Pedro Cilla Valenciano, que se llamaba del Portillo, y la calle de San Pedro, que se encuentra con el comienzo de la calle Cervantes. En el plano de Ágreda que Antonio Sonier Puerta dibujó en 1914 la calle de San Pedro aparece con el trazado que hoy conserva. El nombre de la vía hace referencia a la desaparecida Iglesia de San Pedro Apóstol.

La calle de San Pedro contribuye a unir lo que fueron dos puntos muy importantes de la antigua villa: la puerta de entrada a la ciudad desde el camino de Añavieja y la antigua plaza vieja que lleva a los Mesones. Es por eso que esta calle fue un punto muy transitado en los siglos pasados y elegido por dos familias señaladas en la villa para edificar sus notables casas.

Las «cuatro esquinas» estuvieron vigiladas durante siglos por uno de los palacios más imponentes con los que contaba Ágreda. Este pertenecía a la familia Potocarrero, a pesar de que los escudos que se han conservado en la fachada no parecen representar este linaje; una de las últimas estirpes de caballeros hidalgos que todavía vivían en Ágreda en el siglo XIX. El hermoso palacio, con líneas que se salían de las construcciones habituales de la villa, que remiten a una arquitectura

robusta de piedra firme y austera, presentaba una fachada construida con retazos de tiempo: fragmentos de ventanas góticas, restos de escudos, y un remate clasicista que remedaba el renacimiento italiano, pasado por el gusto aragonés, en forma de balaustrados y guirnalda pintada al fresco. A través de sus balcones abiertos se podía contemplar la riqueza de lo que fueron sus interiores: pinturas murales, ricas cornisas y un patio de columnas.

Al final, como tantos otros, acabará demolido, desmontado y humillado. El edificio actual pretende guardar las formas de lo que fue antaño y para el paseante que no conoce la historia de Ágreda resulta una extravagancia contemplar un bloque de apartamentos con una portal de piedra incrustado fuera de todo contexto, a pesar de conservar el volumen del anterior edificio y una réplica de la cornisa pintada.

A su lado todavía, y a duras penas, se levantan las paredes, que ya no los tejados, del palacio de la familia Huidobro. Sus armas campean sobre las claves de un arco de medio punto. Esta familia estuvo ligada directamente, junto con otras prominentes de la villa, al patrocinio de la construcción del convento de Agustinos y su templo adjunto, hoy parroquia de Los Mila-

gros. La orden agustina permaneció en la villa de Ágreda desde 1557 hasta la exclaustación del templo en 1835. Durante estos siglos la labor de los agustinos fue principalmente docente, ya que una de sus más fervientes patrocinadoras, Doña Margarita de Fuenmayor, impulsó la creación y asentamiento de la orden para poder dotar a la villa de un centro de estudios de cierta importancia.



La familia Huidobro emprendió la construcción de una de las capillas del templo, en concreto la que hoy ocupa la pila bautismal. Sus escudos rematan el arco que abre el espacio.

En su origen, como suele suceder, fue capilla funeraria donde los patrocinadores deseaban ser enterrados. En la última restauración del templo, al desmontar el retablo de San Pedro, del que se hará mención más adelante, quedaron a la vista tres elegantes nichos enmarcados con pilastras de inspiración jónica, florones y medallones de gusto renacentista. A la derecha de la entrada se abre la hornacina que cobija la talla del llamado «Cristo de los Templarios», que proviene del antiguo convento de los Caballeros Hospitalarios de Jerusalén que estaba situado a las afueras de la villa, en lo que hoy es la Escuela-Hogar.

Parece que las relaciones de la familia Huidobro y los agustinos no fueron fáciles a partir del compromiso de patrocinio de la capilla. Según cuenta el padre Rafael García de la orden agustina, en su obra «Recuerdos y presencia de los Agustinos en Ágreda», esta capilla comenzó a levantarse en 1562 por parte de D. Gabriel de la Peña y Huidobro, abad de Berlanga, y don Miguel Huidobro, que ostentaba el Mayorazgo de la Casa. El compromiso de dotar a la capilla de su retablo y su reja no se llevó a cabo, y los agustinos abrieron pleito en el tribunal eclesiástico de Tarazona contra Don Diego de Huidobro y Saracoix Urrea y Ayala que era el patrón de la capilla, que en aquel momento se llamaba del Santo Cristo. El proceso fue largo y complicado y al final los agustinos «*por bien de la paz y por evitar disensiones y malquerencias, cedieron de sus derechos y llegaron con él a ciertos acuerdos ligeros. Mas la capilla siempre estuvo por tal abandono indecorosa e imperfecta*».

La desaparecida iglesia de San Pedro marca el nombre de la calle a la que se dedica este artículo. La parroquia tradicionalmente se refiere al origen de sus primitivos fundadores, gentes que desde Tierras Altas, concretamente desde San Pedro Manrique, fueron traídas para repoblar esta parte de la provincia



en tiempos de Alfonso VII.

Imágenes de esta iglesia apenas se conservan, por lo cual no podemos deducir cuál sería su aspecto ni su estilo. Podemos contemplar cómo aparece señalada en el plano de Agreda que Francisco Coello incluyó en el mapa de la provincia de Soria en 1860. Su situación es aproximadamente la que en la actualidad ocupa el edificio del número 10 de la plaza Primo de Rivera.

Otra imagen que nos ha llegado del templo es la que se puede contemplar en la litografía que dedicada a la Virgen de los Remedios, imagen que se custodia en la iglesia de San Juan, fue publicada en Valencia hacia 1880. A los pies de la imagen, enmarcada en un medallón, se aprecia una vista general de la Villa entre cuyos tejados destaca la torre de la iglesia de San Pedro, con su tejadillo a cuatro aguas que recuerda a la torreta que remata la casa de don Alberto Abad, situada en el número tres de la misma calle.

Aventurar las dimensiones que pudo tener la iglesia es tarea complicada ya que una vez que se derrumbó en 1891 se procedió al desmonte de las ruinas y la venta de los materiales que pudieron rescatarse. El solar ocupaba una extensión aproximada de 480 metros cuadrados. Fue comprado por D. Pedro Corella quien edificó una casa sobre éste con tanto empeño que consiguió borrar casi todas las huellas de fundamentos y trazas del templo. Esta casa, que a principios del siglo XX pasó a ser propiedad de la familia Tudela, fue derruida en el año 2005, construyéndose el actual edificio de pisos y apartamentos.

El templo, por algunas descripciones sucintas, podemos deducir que era de una sola nave y con tres capillas a cada lado, con coro y torre. De su factura románica no queda duda por sus orígenes.

El templo funcionó como parroquia hasta 1778, cuando pasó a depender de la parroquia de San Juan. Sin embargo se siguió utilizando para algunas ceremonias y conmemoraciones. Se continuó celebrando en ella la festividad de San Pedro Apóstol y de los patronos de las cofradías que allí tenían su sede: San Antonio Abad, Santa Bárbara, San Isidro, San Vicente Mártir, patrón de los tejedores de paños, San Blas y Santa Lucía. La última solemnidad de San Pedro tuvo lugar en 1885. La Fiesta costó 17 pesetas, repartidas entre el predicador y el organista, más 32 céntimos que recibió el monaguillo.

En 1819 el templo tenía una renta asignada anual de 300 reales, rédito de censos y alquileres, y 126,50 reales que pagaba el Marqués de Paredes por el sostenimiento de tres capillas de las que era patrono.

La noticia del derrumbe del templo en la noche del 23 de diciembre de 1891, que ya llevaba un tiempo cerrado y abandonado por su mal estado, sacudió a toda la provincia. Poco después de este suceso «El Noticiero» de Soria recogía en una nota del 15 de enero de 1892 el mal estado de la torre de la iglesia apelando a las autoridades al desmonte de la misma para evitar males mayores. Seis semanas y 1.196 pesetas con 26 céntimos en pagos de salarios costó la demolición total de la iglesia. Sus despojos fueron finiquitados y vendidos, tejas, pie-



dras, machones y maderas viejas. Una campana fue a parar a Cintruénigo, otra a Borja y una tercera la adquirió don Manuel Vallejo, presbítero de Zaragoza. Las cancelas se vendieron a San Felices y el tabernáculo a Beratón. Parecía que había prisa por no dejar ni rastro de esta iglesia y a fe que lo consiguieron.

La liquidación de los materiales fue ejecutada por don

Teodoro Remacha, párroco de Nuestra señora de los Milagros en aquellos años. En el acta de remate del solar y venta de materiales que todavía se hallaban en éste con fecha de 10 de noviembre de 1893 sólo se recoge una propuesta, por parte de Pedro Corella, de oficio carpintero, que ofrece 875 pesetas de la época por todo el lote, solar y materiales. En otra acta con fecha de 18 de noviembre se especifica la resolución, que se ejecuta a favor del único postor siendo la cantidad especificada de 250 pesetas por el solar y 625 por los materiales.

Al despojar el templo de sus bienes muebles algunos de sus retablos acabaron en la parroquia de los Milagros. El del titular, San Pedro, ocupó durante años un espacio prominente en la capilla de los Huidobro que ya se ha descrito. Este retablo era de proporciones y gusto barroco. En la última restauración del

templo se desmontó y tan sólo se conservó la imagen del titular. Una magnífica representación de San Pedro en cátedra que fue seleccionada para una de las exposiciones de «Las Edades del Hombre». Otros de los retablos son el de San Lorenzo y el de San Vicente Mártir, que actualmente se pueden contemplar justo a la entrada al templo.

En esta calle estuvo durante años, hasta su jubilación en 1992, la panadería de David Rubio, que anteriormente había sido de Manuel Abad, padre de D. Alberto Abad Gómez, que tuvo en esta misma calle su consulta de médico, prestando durante años un servicio inolvidable al pueblo.

También en esta calle se estableció el que por los años 40 era el único tostadero de malta de la provincia. Debido a las limitaciones que tras la guerra hubo en el comercio y suministro de café la malta, cebada tostada, se hizo muy popular como sustituto del mismo. A causa de las restricciones las concesiones de dicha actividad eran limitadas. El primer propietario del tostadero fue Esteban Sevillano que en 1956 se lo traspasó a José Cacho, el «Quinto» que lo llevó hasta su jubilación.

Hoy la calle de San Pedro presenta el mismo aspecto desolador que otras calles del pueblo. La moderna urbanización de Agreda ha desplazado hacia el extrarradio la construcción y población dejando el centro casi desierto y sus edificios históricos amenazados de ruina y algunos ya borrados para la posteridad.

